



Arlequín

por Jordi Armengol Carner

“ Huye Max. ¡Huye! ”

Fueron las primeras palabras que acudieron a su mente. Una desesperada orden a gritos dirigida a él mismo. Max reaccionó precipitadamente.

“ ¡ Huye, sal de aquí ! ” No se detuvo a pensar. “ ¡ Maldita sea ! ” Se levantó de su butaca de neo-cuero precipitadamente. La consola de navegación saltó por los aires, cayendo al suelo arrastrada por los cables de neuroconexión. “Mierda, mierda”. Su corazón estaba acelerado, su vida podía depender de aquellos instantes. “¡Tengo que salir de aquí! ” gritó en su mente.

Max Corbera intentaba abandonar de una forma demasiado apresurada su viaje por la Matriz. Abrió los ojos y sus irises estaban todavía contraídos, aunque se hallaba rodeado por la penumbra de su austero apartamento. Gotas de lluvia. Luces. Colores. Proyecciones distorsionadas de la calle a través del cristal. La sombra de las persianas en las paredes de la habitación. Torrentes digitales que provenían de la consola de navegación. Cielo azul. Arena blanca. Caótica fusión de realidades. Un caos absoluto e incontrolable de sensaciones. Abultados lazos de cables y fibra óptica en las paredes y el suelo. “ No no no no ” Solo la débil y casi imperceptible luz de una cinta fluorescente Phillips brillaba bajo el deteriorado techo. Las paredes llevaban un nombre pintado en sangre. “Humberto Salgado, ¡quién es Humberto Salgado! Esto no va bien, sal de aquí maldita sea!” Se gritó a sí mismo. “¡Fuera!”



Max arrancó de cuajo los cables de conexión del puerto neuronal de su nuca. Flujo interrumpido. Neuro-shock. La reacción de su sistema nervioso al abandonar tan repentinamente el tránsito de la Matriz fue un pinchazo repentino, intenso.

“¡Mierda mierda mier...!”. El latigazo recorrió su espina dorsal por completo. Lo peor vendría después. Max lo sabía perfectamente: la subida de adrenalina, seguida por una sensación que podría parecerse a la que se experimentaría en un giro vertical de ciento ochenta grados a la velocidad del sonido en la estratosfera terrestre.

Cerró los párpados con fuerza. Las náuseas invadieron su estómago. La última vez que desconectó tan repentinamente terminó por vomitar sobre la consola toda la comida que había ingerido aquel día. Aquello ocurrió en Estambul. De eso hacía más de cinco años y las conexiones neuronales no estaban tan perfeccionadas por aquel entonces. No tenía el dinero para agenciarse un puerto mejor, ni su cabeza estaba habituada todavía a surfear por la Matriz.

Max vaciló y resbaló ligeramente. Sus pies tropezaron. Atravesaron cajas de pizza, restos de comida, periódicos viejos y manchados, latas de cerveza abiertas y otras sin abrir desparramadas por el suelo. Su cabeza todavía estaba en tránsito, a medio camino entre el mundo digital y el mundo real. “¡La puerta!, ¿Dónde está la maldita puerta?” Con los ojos todavía cerrados, corrió instintivamente hacia la puerta del apartamento tirando al suelo montones de cajas de software que se desmoronaron al golpearlas. Un instinto que se vio anulado cuando sintió que toda la habitación giraba vertiginosamente a su alrededor.



La cabeza le daba vueltas. Perdió el equilibrio. Max aterrizó sobre el suelo justo antes de abrir los ojos. Su torso se estremeció por el impacto y sintió cómo alguna costilla estaba a punto de ceder mientras extendía desesperado sus brazos en dirección a la pesada y oxidada puerta. Maldijo entre dientes. Un bulto le presionaba el pecho. Frío, duro, rectangular. Su videófono. En el bolsillo de la chaqueta. "El celular, WOMB, llama a WOMB, maldita sea..." Max extrajo el aparato del interior e intentaba enfocar la mirada para presionar los botones correctos. "¿Quién es Humberto Salgado?".

El apartamento se llenó de una luz intensa, pura y cegadora. La sombra de las persianas desapareció cuando el joven conseguía levantarse del suelo y su mano derecha se agarró con fuerza al pomo de la puerta. Max maldijo. El celular cayó al suelo a media llamada. El joven presionó la pequeña palanca con fuerza. Un agudo sonido eléctrico, seguido de otro más grave. El cierre no se abría. El corazón de Max se aceleró. Volvió a presionar la palanca. El resultado era predecible. "¡WOMB, maldita sea!"

Antes de que Max pudiera acordarse de su casero, y de las tres mensualidades que debía haber pagado hacía varios días, las ventanas del balcón del apartamento explotaron en un torrente de neo-cryst. Decenas de mortíferos pequeños proyectiles lanzados a toda velocidad impactaron contra las paredes de la habitación por encima de su cabeza.

Miles de pequeños cristales cayeron sobre el suelo como una breve pero intensa tormenta de granizo cayendo sobre un viejo techo de fino metal. El joven se agachó contra la puerta intentando protegerse de la munición. Los impactos de los proyectiles perforaron las paredes e incluso el metal de la puerta. Max no dejó de gritar, desesperado, con la esperanza de que hubiera alguien al otro lado del celular.



“ ¡ WOMB, WOMB, maldita sea....! ¡ Ayúdame ¡ ” El viento del exterior y el agua de lluvia irrumpieron en la habitación. Una ráfaga de aire seca, corta y constante, producida por un desplazamiento vertical. Una sombra que se desplazaba a velocidad sobrehumana, un cuerpo de tremenda agilidad. En pocos instantes pudo apreciar la forma de su silueta.

No podía tratarse de nada humano. Un cuerpo demoníacamente delgado y retorcido, una parodia de forma humana dotada de seis extremidades. Pudo oír su risa sardónica. Una risa que no podía estar oyendo. Un ser que no podía hallarse en aquella habitación. Max le vio aparecer por entre las cortinas, saltando desde la calle hasta la barandilla del balcón de la habitación. Vestía el atuendo de un Arlequín.

Las uñas de sus garras se aferraron al marco de la ventana. Alguien se estaba tomando muchas molestias para atrapar a Max Corbera. O quizá a Humberto Salgado. Aire enrarecido, corrompido, urbano, sustituyó el cargado ambiente del apartamento con un vendaval que abrió las puertas de par en par. Una ensordecedora carcajada invadida por la locura. El joven apretó la mandíbula con fuerza. “Yo no soy Humberto Salgado”. El celular estaba en el suelo todavía encendido, justo en el centro de un mosaico de miles de cristales neo-cryst digno de Gaudí.

Arlequín contempló con fuego en su mirada la presencia de su presa. Dos de sus manos se aferraban al marco del ventanal mientras se sujetaba cabeza abajo, con una tercera y cuarta manos libres para atacar. Por el tamaño del pequeño saco que agarraba con su tercera mano, podía contener decenas de mortíferos proyectiles listos para ser lanzados. Usó su cuarta mano para saludar distinguidamente a su presa, quitándose el sombrero. “Soy Arlequín” se presentó sonriente. Se mantenía aferrado al



umbral del balcón, sonriendo y acechando a Max Corbera, desde la única salida que quedaba para aquél apartamento de treinta metros cuadrados.

Max no entendía qué significaba todo aquello. Conocía perfectamente a Arlequín. Pero no del mundo real. Se había topado con más de una versión suya surfeando en la Matriz. Arlequín era un software de Clase Antipersonal. Su nivel era avanzadísimo; superior en todo a su anterior versión, Bloodhound. Podía usar sus subrutinas para rastrear al intruso al que perseguía hasta su propio origen. Pero se suponía que eso no podía ocurrir fuera de la Matriz. Solamente podía sentir el hedor de la muerte que empezaba a asfixiarle. Debía preocuparse por salvar su vida. Los ojos de Arlequín brillaron con un fulgor infernal.

El joven se incorporó sobre el suelo. El asesino extrajo de su pequeño saco una sola canica y la lanzó hacia el interior de la habitación. La pequeña esfera de cientos de colores pareció flotar en el aire. Después estalló en una cegadora luz blanca. La nueva carcajada de Arlequín fue ensordecedora. La luz era intensa. Max tuvo que cerrar los ojos, cegado por la intensa luz. Apretó los dientes con fuerza. Sabía que el tiempo se agotaba. “Huye Max. ¡Huye!”

Sus piernas se tensaron con una repentina energía reencontrada. La adrenalina de la supervivencia. Arlequín se movió penetrando el umbral de la ventana. Max se movió veloz. Saltó. Sus piernas se adelantaron. Cayó al suelo resbalando por el mosaico de cristales neo-cryst. Su mano derecha se estiró hasta sus límites pero no llegó a atrapar el celular. Los cristales se clavaron en su mano. Desgarraron su ropa. Max gritó el nombre de WOMB por enésima vez. La inercia de la carrera le llevó a deslizarse por debajo de su verdugo.



Su cuerpo no se detuvo hasta chocar con la barandilla de hierro forjado del antiguo balcón. El joven se agarró con fuerza a los barrotes. Arlequín saltó sobre sí mismo, en una pirueta que le llevo directamente a girar en el aire con una habilidad imposible para encarar de nuevo a su presa. Sus ojos fijaron su objetivo. Sus músculos se tensaron. Max saltó por encima de la barandilla. Maldijo. Gritó. La lluvia contra su cara. La ropa se apretó contra su cuerpo. El aire cálido, enrarecido. El murmullo de la gran ciudad. Sin dejar de soltar los barrotes, las suelas de goma de sus zapatillas resbalaron por el hierro y el cemento hasta perder pié. Un fuerte golpe y su cuerpo permaneció agarrado de la barandilla. Sus piernas se movieron en el aire buscando sujeción.

La carcajada de Arlequín retumbó por la calle. Sus zarpas agarraron un buen puñado de canicas del interior del saco y, realizando una mortal pirueta, como la de una peonza en el aire, las lanzó con una velocidad vertiginosa hacia Max. No le quedó otra opción. Max Corbera abrió las manos. Lluvia de metal. El cemento se despedazó. Los proyectiles atravesaron el suelo como si fuera papel. Pudo oír el silbido de los proyectiles demasiado cerca. El zumbido de sus cuerpos atravesando el aire.

“ ¡ Mierda, mierda mier...! ” El viaje duró solo unos segundos. Chocó con las instalaciones del viejo cableado eléctrico que le voltearon en el aire. Se enredó con el cable telefónico. Volvió a caer y su cuerpo golpeó contra una polvorienta lona sobre la que resbaló hasta volver a estar en el aire. Cuando llegó al suelo, su cuerpo derribó a un grupo de transeúntes que se quejaban y maldecían mientras el resto se apartaba ligeramente del joven caído. Un revólver en el suelo. Max se arrastró hasta alcanzarlo. Su propietario le agarró de la mano y ambos forcejearon. Sentía el dolor en la pierna derecha. Apretó la mandíbula con fuerza. Sabía que no podía detenerse.



“¡Suéltala maldita sea, bastardo!” gritó el hombre. Max le aplastó el tabique nasal con el codo. El hombre cayó al suelo gritando. La sangre surgía a borbotones de sus fosas nasales. El joven se volvió a incorporar a duras penas, apartando a la gente de su camino con el arma en la mano. “¡Apartaros o disparo, apartaros de mi camino! ” gritó desesperado.

Luces de neón. Lluvia. Polución. Max se alejó del hombre en el suelo tan rápido como le fue posible. No dejaba de gritar. La cabeza todavía le daba vueltas. Su corazón iba a explotar. Cojeaba de la pierna y resbalaba por el suelo mojado y lleno de hollín. Las calles eran estrechas y laberínticas. Abarrotadas de gente. Casi no le quedaba aliento. Consiguió doblar un par de esquinas hasta llegar a una vía principal.

“ WOMB, tengo que localizar a WOMB. ” Tenía un destino claro al que dirigirse. Al abandonar la calle Boria y penetrar en el vertiginoso tráfico de Via Layetana, la lluvia pareció volverse más densa. Su ropa estaba empapada. Frente a él se hallaban la multitud humana y el denso tráfico terrestre y aéreo usuales. Desde su posición era imposible atisbar la parada de Jaime I por encima de las cabezas de los peatones.

Se abrió camino a empujones y terminó por tropezar con alguna persona y caer al suelo. Alguna otra persona más gritó asustada y la gente empezó a correr. Con el revólver todavía en la mano, Max se cubrió la cabeza con los brazos. La masa de gente se movía alborotada, presa del pánico. Tropezaron con sus piernas y con su cuerpo, pisoteándole y cayendo al suelo.

“¡Dejadme levantar bastardos, fuera de aquí!” El joven alzó el revólver en el aire. Disparó una vez. Luego otra. Luego otra. Casi no podía sentir el



metal en su mano entumecida, pero percibía su peso y su retroceso. La multitud gritaba. “Corre, tropieza, huye” palabras que resonaban en su cabeza. En pocos instantes no quedaba nadie cerca de él. Sólo la lluvia. Max cabeceó hacia la entrada de la calle Boria. Sus temores se confirmaron.

Arlequín estaba allí, agarrado con sus seis extremidades a la barandilla de un pequeño balcón que hacía esquina, en la primera planta del edificio, a pocos metros sobre su cabeza. El asesino reía con una carcajada que hacía poner los nervios de punta. Miraba fijamente a los ojos de Max. Las lágrimas le inundaban los ojos. Los músculos le quemaban. Su cuerpo estaba entumecido por el dolor y los golpes. Ya no le quedaba aliento. Solo impotencia.

“Maldito hijo de perra, yo no soy Humberto Salgado...Me llamo Max, me oyes, pedazo de payaso de mierda. ¡ Max Corbera ¡ ” Max alzó con un gran esfuerzo la mano con la que sujetaba el revólver en dirección a Arlequín. Murmuró entre dientes apretados, abatido. El terror y el dolor se habían convertido una canal de ira. Max sujetó el revólver al aire y apretó el gatillo con fuerza y decisión, casi instintivamente. “ ¡ Yo no soy Humberto Salgado ! ”.Disparó en dirección a Arlequín.

La bala impactó directamente en el pecho del asesino. Su cuerpo se agitó a la vez que la bala penetraba en sus entrañas. Un río de sangre se desató salpicando el aire y manchando su ropa blanca. El retroceso hizo mella en los hastiados músculos de los brazos de Max, haciendo que éste se tambaleara, pero aún y así, la ira le daba fuerzas para continuar. Con la mandíbula cerrada en una presa de acero y los ojos rojos, como poseídos, el joven volvió a a apretar el gatillo.



El segundo disparo impactó en la blanca frente de Arlequín. La cabeza se desplazó hacia atrás con fuerza debido a la inercia del proyectil. Soltó la barra de hierro de la barandilla a la que se agarraba y golpeó contra la puerta del balcón que se hallaba detrás. La cabeza de Arlequín se abrió paso atravesando madera y cristales para perderse en el interior del apartamento. Las cortinas salieron desprendidas hacia el exterior, ondeando al aire con la tela blanca salpicada de la sangre del asesino.

Max tragó saliva, y recuperó algo de aliento. Con el revolver todavía en la mano, se incorporó cabeceando hacia el balcón. Arlequín apareció repentinamente. Su cara blanca cubierta de sangre. Su sonrisa sarnosa presa del odio. Como flotando en el aire, agarró la barandilla del balcón con una de sus cuatro garras mientras con otra de ellas se equilibraba en una pirueta que le llevó por encima de la vieja barra de hierro. La tercera mano sujetaba el repleto saco de canicas y la cuarta se introducía dentro de él en pos de sus armas mortíferas. Giró su cuerpo en el aire con una pirueta que le dirigía directamente hacia Max Corbera.

El joven levantó el revólver en el aire. Apretó el gatillo con fuerza. El gatillo no se detonó. Un sonoro click pareció terminar con las esperanzas del joven Max. Se había quedado sin munición. De repente un destello eléctrico. La estática fue como un suave y molesto zumbido apenas audible entre la densidad urbana. Un cable se adhirió con un impacto seco pero sonoro, como de percusión digital, a la piel del Arlequín casi al mismo instante en que un flash de luz azulada se propagaba a toda velocidad en dirección al asesino.

Arlequín se vio atrapado e invadido por una estática azul, eléctrica, fluctuante. Su espalda se quebró. El ente gritó, intentando forcejear, mientras apretaba los dientes y sentía el shock de energía invadir sus



entrañas, destrozándole de dolor. Max tuvo que saltar hacia el suelo para evitar chocar con el cuerpo del asesino que caía directamente sobre él. Arlequín siguió gritando, para terminar por caer al suelo desde el balcón del edificio con un sonoro impacto que hizo que algunas canicas del saco se desparramaran sobre el sucio y mojado asfalto de la calle.

Max Corbera se arrastró de espaldas por suelo, todavía con el revolver en la mano, evitando el contacto con Arlequín cuyo cuerpo todavía se hallaba sobrecargado. Casi no podía creer lo que estaba viendo. En pocos instantes la estática eléctrica se apagó, dejando pequeñas descargas que danzaban por la superficie del asesino. Tres individuos vestidos con ropas extrañas, despreocupadas, se lanzaron sobre Arlequín. Uno de ellos sujetaba un pesado rifle táser de más de diez años, aunque no por ello menos efectivo. Asaltadores del Mercado Negro. Traficantes de chatarra.

Envolvieron y arrastraron a Arlequín hasta un viejo furgón mediante una red de fibra de cromo. En pocos instantes, antes de que la multitud o el mismo Max se dieran cuenta, los tres individuos habían desaparecido en el tráfico aero-deslizado de la ciudad. No quedaba ningún indicio del ataque ni tan siquiera de Arlequín.

Max se levantó del suelo de la mejor forma que pudo, con el revólver todavía en la mano. Cabeceó mirando a su alrededor. El tráfico había vuelto a la normalidad. Los peatones se habían olvidado de su existencia y de la de Arlequín. Incluso de los Asaltadores de Chatarra. Seguían inmersos en sus propias vidas, ajenos a Max Corbera y al incidente de hacía tan solo unos pocos instantes.

Un intenso escalofrío recorrió el cuerpo del joven. No tenía frío, pero sus músculos temblaban hastiados por el esfuerzo y por las magulladuras que



había sufrido. No llevaba ropa de abrigo. La lluvia no dejaba de caer. Estaba calado hasta los huesos. “No puedo volver al apartamento. Ni tan siquiera llevo el videófono encima “ No sabía quién era Humberto Salgado. No sabía por qué le habían relacionado con él. Quien buscara su sombra podría estar todavía detrás suyo. “Alguien oculto entre la multitud... no puedo arriesgarme. Debo encontrar a WOMB”. Un suave tono rojo y azulado terminó por convertirse en una intensa cortina de color. Una cortina de agua roja y azul. Altavoces de una patrulla POL. La voz distorsionada del sintetizador se alzó por encima del bullicio urbano. “Despejen la zona. Despejen la zona” repetía una y otra vez.

Max escondió el revolver en el bolsillo de la sudadera. Tenía que abandonar la calle. Atravesó Vía Layetana y llegó hasta la parada de Jaime I. Se detuvo unos instantes al pie de la boca del suburbano, observando a su alrededor. Nada fuera de lo normal. El deslizador POL descendió sobre el asfalto al otro lado de la avenida.” Tengo que localizar a WOMB. Tiene que saber lo que está pasando “.

El joven descendió por las escaleras. No estaba seguro, pero la estática de las barras de neón pareció volverse más intensa. Los cilindros de neoplast blanco intensificaban su luminosidad. Max se detuvo antes de bajar más escalones. Abajo, entre la multitud que accedía al suburbano, pudo localizar el sensor de seguridad de la estación. Estaba inmóvil. Completamente inmóvil. Observándole solamente a él. Max tragó saliva con fuerza. Sus pupilas se dilataron. Los pelos en la nuca se erizaron. Le había encontrado. Alguien le agarró con fuerza del brazo.

“ ¡ Vamos CORB, tienes a los POLS detrás de tu pellejo, y seguro que además no tienes ni la menor idea de lo que sucede ! “ Sólo otro Merodeador de la Matriz podría llamarle por ese nombre. CORB. Reconoció



perfectamente su voz. WOMB. El tipo le agarró con fuerza del cuello de la sudadera y acercó su cara a pocos centímetros de la de Max.

“Deberías haberte asegurado de haber abandonado completamente la Matriz.” Max pudo observar su mirada. Sus ojos brillaron con un fulgor familiar. Su sonrisa era sardónica. Max gritó desesperado. Womb introdujo un pequeño objeto en la sudadera, y empujó a Max escaleras abajo, haciéndole chocar con la gente y caer por los peldaños. Sintió el frío contacto metálico contra su piel. Intento extraer la pequeña canica de su ropa. De veras que lo intentó.

Al amanecer, una patrulla POL encontró el cuerpo sin vida de Humberto Salgado en su propio apartamento. El cadáver se hallaba conectado a una consola de navegación todavía encendida.

Autor: Jordi Armengol Carner, L’Ametlla del Vallès, Barcelona.

Relato Inédito. Hyperespacio Andrómeda www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.